

1º PREMIO

Paula Sumpf Sosa

El mar de Castilla

Creo ser la única persona en haber visto tres generaciones en una mirada. Concretamente, en el reflejo de la pupila de María; en su pausa al hablar; en sus labios deformados en una mueca nostálgica.

Jamás pensé en el recuerdo de la tierra, ni en los susurros del adobe; pero esa tarde, tomando un café en la casa de María, escuché los ecos de un pueblo.

Me hablaba de la mujer en el campo. De las madres que se levantaban antes que el mismísimo sol y que regresaban a su puesta, para hacer la comida, cuidar de los hijos, lavar la ropa, y prepararse para una jornada similar al día siguiente mientras los maridos, también exhaustos de labrar las tierras, se escaqueaban al bar con sus amigos para despejarse.

- ¡No te jode! – alegaba María resoplando, haciendo gala de la ausencia de acento. Que no tiene melodía, pero sí verdad. – Yo también quería salir después del trabajo, pero tenía que regresar a casa a cuidar de mis hermanos pequeños.

Esa tarde, María me habló de su madre, de su aliento de independencia al conseguir su primer sueldo, de cómo se enamoró y de cuánto tardó en darse la mano con él. De su primer hijo. De su primer nieto. De su rutina de ocho kilómetros caminando para mantenerse en forma. De sus dos pelusas con el café por las mañanas, porque tampoco necesita estar como una modelo. De cómo poda la parra para que las uvas salgan más gordas y de la agradable experiencia de tener a una joven interesante con la que compartir el café.

- ¿Y no te molesta tardar tanto en ir a la universidad? – preguntó sacando todos los posibles aperitivos tras habernos terminado las patatas fritas.

- No – respondí encogiéndome de hombros, mientras con más gula que humildad me encaminaba hacia mi quinta aceituna.

- ¿Y qué tal tu experiencia viviendo estos dos años en el pueblo?

- Bien – respondí sonriente.

En ese momento, esa respuesta era suficiente. Mis ojos achicados por mi sonrisa, mi tono de voz, y mi mala costumbre de ser breve hablando, hicieron que María se quedase satisfecha con esa respuesta. Pero... María ya no está con nosotros. Y ahora ese “bien” se aferra en mi garganta, arañándose con los remordimientos de haber podido ser un poco más específica. Porque... en ese “bien”, concretamente en ese “bien”, era porque estaba ella.

Yo estaba bien, porque era feliz. Y era feliz, porque no lo sabía. Me gustaban las tardes de café y charla con María. Me hacía gracia cómo los mayores insultos entre mis vecinos eran por pelearse al invitar al otro. Me gustaba levantarme de una siesta sobresaltada porque llamaban a la puerta y cuando la abría, no había nadie, sólo un par de calabacines y mi vecino más reservado alejándose con la carretilla. Me llenaba de júbilo ver cómo mis vecinas aprendían bachata en la plaza mientras los hombres las miraban divertidos. Me gustaba ir y volver de la universidad, porque en el trayecto de una hora en mi ciclomotor, podía ver los pequeños montes con sus pinos, las casas de los pueblos vecinos y cómo sus habitantes salían a tomar la fresca. Veía cómo brotaban distintos tonos de verde en el paisaje tras la lluvia, cómo se mecía el trigo al son del viento y cómo en las noches despejadas aparecían más estrellas en el cielo que las que jamás pude llegar a ver en la ciudad.

Ahora estoy bien porque me acuerdo de María. Y recuerdo que ella me dijo que solamente había visto el mar una vez en su vida, pero que no le hacía falta más. Porque en sus ocho kilómetros de rutina, se detenía en mitad de la carretera y miraba el infinito horizonte entre el campo y el cielo. Contemplaba las corrientes de aire que dibujaban los movimientos del trigo. El elegante planear del halcón ratonero. E inspiraba la mezcla de la tierra con las primeras gotas de lluvia.

- ¿Sabes, niña? Solo quien es capaz de amar esta tierra puede ver todos los días un paisaje distinto.

- ¿Y qué ves? – le pregunté.

Me muerdo los labios y aunque mis ojos se humedecen, la sonrisa asoma y respondo lo mismo que ella en aquel día:

El mar de Castilla.

